

### 3. La escalera

Si alguna vez le sucedía algo grave a Adrián, no tardaría en enterarse. No le cabía duda de que se enteraría y, con esta seguridad, había dejado transcurrir un año tras otro. Y lo volvió a pensar mientras encendía el ordenador de su despacho de la universidad: si le hubiese ocurrido algo a su hermano, lo sabría. Pero cuando acababa de añadir un párrafo al artículo que estaba escribiendo, bajó la ventana del editor de texto y metió un nombre en el buscador de Internet: Elena Jiménez Delgado. Descubrió que seguía trabajando en Rombo, una empresa de electrodomésticos, ahora como jefa de proyectos. Y figuraba un número de teléfono. Tras unos instantes de duda, marcó un dígito, luego otro... Pero cortó antes de terminar y se quedó con el auricular inerte en la mano. Permaneció inmóvil, con él entre los dedos, hasta que, por fin, lo levantó y pulsó los nueve de corrido. En cosa de segundos escuchó un «dígame». Se sorprendió de la inmediatez de ese contacto con alguien que consideraba tan remoto.

—Buenos días. ¿Elena? Soy el hermano de Adrián.

—¿De qué Adrián?

—Tu exmarido.

—Ya... Me había sonado la voz.

—Estoy intentando localizarle y...

—Nos divorciamos hace trece años —le interrumpió—. No sé nada de él.

Daniel, que no tenía otra fuente de información, le dijo que estaba preocupado, nervioso, intranquilo... y algunos sinónimos más. Bastaba un hilo del que ti-

rar: un detalle, una palabra... Pero a todo respondía lo mismo:

—Yo no sé nada. ¡Nada!

Siguió insistiendo hasta que el cúmulo de nada terminó por abrumarle. Estaba en medio de un «Gracias, de todos modos» cuando le inquietó la perspectiva de seguir cargando indefinidamente con la incógnita. Y con esa quietud, se le ocurrió algo diferente:

—Quizá podamos hablar en persona. No me importa acercarme a Rombo o a cualquier otro sitio.

Silencio al otro lado. Aquella propuesta directa parecía haberla cogido de improviso. Dos amagos de palabras que le hicieron suponer que se decantaría por el sí. Pero rectificó. Él repitió la propuesta y ella volvió a titubear. Al fin, le dijo de corrido el nombre de un restaurante, al lado de su empresa, donde se podrían ver al día siguiente. Daniel colgó el teléfono con una sensación de triunfo. Pero cuando llegó a la máquina del café, de esta sensación ya no quedaba nada. Elena era uno de esos entes que siempre procuraba esquivar en la memoria y ahora acababa de programar la colisión.

Salió de la universidad unos minutos antes y condujo hasta un edificio alto de cristales de espejo, cuyo logotipo, un rombo aplastado, veía cada vez que iba al aeropuerto. Aparcó a cierta distancia y fue caminando por una acera vacía, adornada con arbustos redondos, distribuidos con regularidad matemática. Distinguió el local del encuentro en un barracón cercano al edificio. El camarero le ofreció una mesa, pero él prefirió otra, más a la vista, donde se sentó a esperar con la hoja del menú. Elena no tardó en aparecer, más alta aún que en

su recuerdo, con un bolso en bandolera. Su cara, algo alargada, seguía manteniendo el atractivo: no era de ésas con las que se ceba el tiempo. Le ofreció sentarse, pero ella siguió de pie.

—No creas que me hace gracia esto. No acabé bien con tu hermano.

—De eso no necesito saber nada. —Meneó la cabeza.

Justo entonces se acercó un camarero, libreta en mano.

—¿Qué quieres tomar?

—Nada. Me están esperando. —Señaló a un grupo que había en la barra.

En la hoja había una lista de platos combinados. Daniel pidió al azar un número intermedio y continuó:

—Alguien le vio de lejos, un conocido. Me dijo que con mal aspecto. Estoy intentando dar con él.

—Si quieres que te diga la verdad —cruzó los brazos—, lo que más me sorprende no es que no le encuentres, sino que le estés buscando. Era él quien te llamaba: siempre él. Al principio venías de vez en cuando. Después, ni eso.

—Fueron cambiando las circunstancias.

—¿Circunstancias? No lo llamaría yo así. En fin, no voy a ser yo quien le defienda—. Se llevó una mano a la cintura.

—Alguien tenía que estar pendiente de nuestra madre. Yo, en cuanto podía, me iba a Segovia.

—Tu madre. —Desvió la mirada—. Sí, claro.

—¡Y la de él!

Elena se cayó. Y Daniel repitió lo que le había contado el antiguo compañero de instituto.

—Yo no puedo ayudarte.

—La última vez que hablamos me dijo que ya no estaba en Rombo, sino en una empresa textil.

En realidad, era la prima de Huelva quien se lo había dicho, pero no se había quedado con el nombre de la empresa. Y sólo en la Comunidad de Madrid había más de un centenar de fábricas de tejidos.

—¡No saber siquiera donde trabaja! —Levantó los brazos.

—También nosotros terminamos mal.

—¡De sobra sé cómo terminasteis! Pero vosotros sois hermanos. ¡Hermanos!

—¿Puedes decirme el nombre de la empresa? —Le sostuvo la mirada.

Elena bajó un instante la cabeza y la volvió a subir, de un modo brusco.

—¡ZinTex! ¿Tè vale?

Daniel cerró un puño en el aire: sí, le valía. Pero Elena añadió:

—Que sepas que esa empresa pasó hace seis o siete años por una crisis bastante dura y tuvo que hacer una reestructuración. Dejaron en la calle a mucha gente.

Se despidió y estaba ya llegando a la barra cuando se giró para soltarle:

—Anda que lo tuyo: años sin preocuparte y, de repente, ¿este interés...!

Las oficinas de ZinTex se encontraban en la zona sur de Madrid, en un edificio multiuso que servía de sede a la propia ZinTex y a otras empresas de menor envergadura. Estaba compuesto por tres bloques amarillos de aspecto anticuado, cuya única originalidad era la disposición en forma de arco, lo que hacía que aún re-